



que cada uno había vuelto su espada contra el que tenía junto á sí, y la mortandad era muy grande. Y todos los israelitas que se habían escondido en el monte de Efraim, cuando oyeron que huían los filisteos, se juntaron con los suyos en la batalla. Y había con Samuel como unos diez mil hombres. Pero bien pronto toda esta gente se vió llena de hambre y fatigada. Saul juramentó al pueblo, diciendo: «Maldito sea el hombre que comiere pan antes de la noche, hasta que me haya vengado de mis enemigos.» Y todo el pueblo no gustó pan. Y todo el vulgo del país llegó á un bosque donde había miel en la superficie del campo. Entró, pues, el pueblo en el bosque, y se veía correr la miel, mas ninguno la acercó con su mano á la boca, porque el pueblo temía el juramento. Mas Jonathás no había oído cuando su padre juramentó al pueblo; y alargó la punta de una vara que tenía en la mano, y mojóla en un pnal de miel; y volvió la mano hácia su boca y se le aclararon los ojos. Y avisándole uno del pueblo, le dijo: «Tu padre ha obligado al pueblo con juramento, diciendo: Maldito sea el pueblo que comiere hoy pan (y el pueblo estaba ya sin aliento).» Y Jonathás dijo: «Mi padre ha turbado la tierra; vosotros mismos habeis visto cómo se han aclarado mis ojos por haber gustado un poco de esta miel. Pues ¿cuánto más si el pueblo hubiera comido de lo que encontró en el despojo de sus enemigos? ¿Acaso no se hubiera hecho mayor estrago en los filisteos (1)?»

Las reflexiones de Jonathás eran justas, pero inoportunas. No pecó comiendo de la miel, puesto que ignoraba la prohibición; pero faltó al respeto á su padre y á su rey vituperando inútilmente su conducta delante del pueblo. Y acuchillaron aquel día á los filisteos desde Macmas hasta Ayalon. Mas el pueblo se hallaba desfallecido, y echándose sobre el despojo, tomó ovejas, y vacas, y becerros, y los degollaron en tierra, y comiéndolos el pueblo con sangre. Y dieron aviso á Saul, diciendo que el pueblo había pecado contra el Señor comiendo con sangre. Y él dijo: «Vosotros habeis preva-

(1) 1 Reg., 14, 16-30.

ricado; rodadme ahora acá una grande piedra.» Y dijo Saul: «Esparcidos por la gente, y decidles que me traiga cada uno su buey y su carnero, y matadle sobre esta piedra y comed, y no pecareis contra el Señor comiendo con sangre.» Y cada uno del pueblo llevó por su propia mano su buey hasta que fué de noche, y los mataron allí. Y Saul edificó un altar al Señor. La Escritura dice que este fué el primero que erigió, lo que hace suponer que en lo sucesivo edificó otros de que no se hace mencion. Y dijo: «Dejémonos caer de noche sobre los filisteos, y destruyámoslos hasta que amanezca el día, y no dejemos ni uno de ellos.» Y dijo el pueblo: «Haz todo lo que bien te parezca.» Y dijo el sacerdote: «Acerquémonos aquí á Dios (es decir, consultemos al Señor).» Y consultó Saul al Señor: «¿Seguiré el alcance de los filisteos? ¿Los entregarás en las manos de Israel? Y no le dió respuesta aquel día. Y dijo Saul: «Haced que vengan acá todos los principales del pueblo, y examinad y ved por culpa de quién ha venido hoy este pecado. ¡Vive el Señor, que es el salvador de Israel, que si la causa de esto es mi hijo Jonathás, morirá sin remision!» Sobre lo cual, ninguno de todo el pueblo le contradijo. Y dijo á todo Israel: «Separaos vosotros á un lado, y yo con mi hijo Jonathás estaré al otro lado.» Y respondió el pueblo á Saul: «Haz todo lo que bien te pareciere.» Y dijo Saul al Señor Dios de Israel: «Señor Dios de Israel, da á conocer por qué motivo no has respondido hoy á tu siervo. Si esta maldad se halla en mí ó en mi hijo Jonathás, decláralo; pero si tu pueblo es el culpado, santifícale. Y la suerte descubrió á Jonathás y á Saul, pero el pueblo salió libre. Y dijo Saul: «Echad suerte entre mí y entre Jonathás, mi hijo.» Y cayó sobre Jonathás. Dijo, pues, Saul á Jonathás: «Dime qué es lo que has hecho.» Y se lo declaró Jonathás y dijo: «Gusté con mucho gusto un poquito de miel con la punta de la vara que tenía en la mano, y hé aquí que muero.» Y dijo Saul: «Esto haga el Señor conmigo, y añadada que morirás de muerte, Jonathás.» Y dijo el pueblo á Saul: «¿Con que morirá Jonathás que ha hecho esta salud grande en Israel? Esto no es para dicho; ¡vive el Señor que no ha de caer en



tierra ni un solo cabello de su cabeza, porque ha obrado hoy con Dios!» Y el pueblo libró á Jonathás que no muriese. Y retiróse Saul, y no siguió el alcance de los filisteos, y así los filisteos se volvieron á sus tierras (1).

Más confiado en sí mismo que en Dios, inconsiderado en sus resoluciones por no tener paciencia para esperar á que Dios le ilumine por sus respuestas, suscitándose á sí mismo toda clase de dudas y de obstáculos imprevistos, que en vez de hacerle adelantar en sus asuntos, le hacen retroceder y le arruinan, tal aparece generalmente Saul. Aquí, como en Gálgala, pierde la paciencia. Por la fe y valor heroico de su hijo, Dios le concede sin él una victoria. Consulta á Dios para saber cómo ha de aprovechar, pero no puede esperar la respuesta. Reemplázala con un juramento temerario que impide que sus tropas persigan al enemigo con más vigor, exponiéndoles á violar la ley comiendo carne con sangre, y le pone á él mismo en el caso de condenar á muerte á su hijo victorioso, y por último, le impide derrotar á los filisteos. Veremos en su sucesor más docilidad y más prudencia.

No se dice, sin embargo, que Saul no se aprovechara de sus primeras faltas, pues la Escritura nos le presenta despues de haber asegurado su reinado en Israel combatiendo por todas partes á sus enemigos y marchando á su vez contra Moab, contra los hijos de Ammon, contra Edom, contra los reyes de Soba y contra los filisteos; y por do quiera donde dirigia sus armas salia vencedor. El general de su ejército era Abner, hijo de Ner, su tío. Tan pronto como Saul podia reconocer á un hombre valiente y propio para el combate, procuraba apropiarsele (2).

En esta brillante época de su reinado, hicieron una gloriosa expedición al Oriente. En número de cerca de cuarenta y cinco mil hombres, escogidos, armados de escudo y espada, diestros en el manejo del arco y muy experimentados en el combate, atacaron á los agarenos ó descendientes de Agar, y á los itúreos,

(1) 1 Reg., 14, 31-46.

(2) Ibid., 14, 47-52.

y á los de Nafis y Nodab, al Oriente de Galaad. Habiendo invocado á Dios para esta guerra y puesto en Él toda su confianza, vencieron á todos estos pueblos y se hicieron dueños de todos sus territorios y de cuanto poseían, es á saber: cincuenta mil camellos, doscientas cincuenta mil ovejas y dos mil asnos; por lo que hace á los hombres, hicieron cien mil prisioneros, sin contar los muchos que habían sido heridos en el combate, pues el Señor había peleado por ellos.

Los vencedores se establecieron en los parajes de los vencidos, ocupando sus tiendas en todo el país que está al Oriente, hasta la entrada del desierto y hasta el rio Eufrates, pues la tierra de Galaad no podia contener todos sus rebaños. Fueron dueños de estos países conquistados durante tres ó cuatro siglos, hasta su emigración á Nínive (1).

Por aquellos años de combates y victorias, dijo Samuel á Saul: «El Señor me envió para ungirte por rey sobre su pueblo de Israel; pues oye ahora la voz del Señor. Esto dice el Dios de los ejércitos: registrado tengo cuanto hizo Amalec con Israel, cómo se le opuso en el camino cuando subia de Egipto. Ve, pues, ahora y hiere á Amalec, y destruye todo la que tuviere; no le perdones ni codicies cosa alguna de las suyas; mas pasa á cuchillo desde el hombre hasta la mujer y al niño, y aun al de pecho, la vaca y la oveja, el camello y el jumento (2).»

Los amalecitas, no sólo se habían opuesto abiertamente al paso de los israelitas, cayendo sobre los que se habían quedado atrás acosados y desfallecidos por el hambre y llenos de fatiga, sino que los habían asesinado inhumanamente (3). Habían también atacado injustamente y por segunda vez á los israelitas en el desierto (4), y tercera vez en tiempo de los jueces (5), y no cesaban en sus hostilidades (6). Eran enemigos irreconciliables. Dios había

(1) 1 Paralipómenos, 5, 18-23.

(2) 1 Reg., 15, 1-3.

(3) Exodo, 17, 8.

(4) Núms., 14-45.

(5) Jueces, 3, 16.

(6) Ibid., 8, 3-33.



predicho que los destruiría (1). Si los amalecitas se hubieran contentado con impedirles el paso, como hicieron los otros hijos de Esau, Dios, lejos de someterlos al anatema por Él lanzado, no habría siquiera permitido á los israelitas que pusiesen el pié en sus fronteras (2).

Saul dió orden al pueblo, é hizo revista de ellos como si fueran corderos: doscientos mil de á pié y diez mil hombres de Judá. Y habiendo venido Saul hasta la ciudad de Amalec, puso celadas en el torrente, y dijo Saul al Cineo: «Marchaos, retiraos y separaos de Amalec; no sea caso que te envuelva juntamente con ellos. Por cuanto tú hiciste misericordia con todos los hijos de Israel cuando subían de Egipto.» Y retiróse el Cineo de entre los de Amalec (3). Y Saul hirió á Amalec desde Hevila hasta llegar al Sur, que está en la frontera de Egipto. Y tomó vivo á Agag, rey de Amalec; y pasó á filo de espada á todo el vulgo. Mas Saul y el pueblo reservaron á Agag, y los mejores rebaños de ovejas y de vacas, y vestidos y carneros, y en general todo lo que era bello, y no lo quisieron echar á perder; mas todo lo que hubo vil y no bueno, esto destruyeron (4).

Debieran, sin embargo, haberse acordado del castigo que sufrió el hombre que violó el anatema de Jericó. El castigo de Saul no se hizo esperar mucho tiempo.

La palabra de Jehová vino á Samuel, diciendo: «Me pesa haber establecido por rey á Saul; porque me ha dejado, y no ha cumplido mis palabras con obras suyas.» Entristeciése Samuel, y clamó al Eterno toda la noche. Levantándose al venir el día para dirigirse donde estaba Saul, le anunciaron que Saul había ido al Carmelo, en la tribu de Judá, y que allí había levantado un arco de triunfo, bajándose después á Gálgala. Fué, pues, Samuel en busca de Saul, que en aquel momento estaba ofreciendo un holocausto á Jehová, las primicias de los despojos que había tomado de Amalec. Al

(1) Núms., 20, 14.

(2) Exodo, 17-14.

(3) 1 Reg., 15, 4-6.

(4) Ibid., 15, 7-9.

acercarse Samuel á Saul, este le dijo: Bendito seas del Señor; yo he cumplido su palabra.» Pero Samuel dijo: «¿Y qué significa este balar de ovejas que resuena en mis oídos y este mugir de bueyes que estoy oyendo?» Saul respondió: «De Amalec los trajeron; pues el pueblo quiso economizar lo que había de bueno entre ovejas y bueyes, para inmolarlos á Jehová tu Dios; lo demás quedó sujeto al anatema.»

«Permíteme, repuso Samuel, que te haga conocer lo que Jehová me ha dicho esta noche.»

«Habla,» respondió Saul. Y Samuel añadió: «¿No es verdad que cuando eras pequeño en tus ojos fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel, y el Señor te ungió por rey sobre Israel, y el Señor te envió en jornada, y dijo: Anda, y destruye á los pecadores de Amalec, y peleará contra ellos hasta su exterminio? ¿Por qué, pues, no has oído la voz del Eterno? ¿Por qué te has dejado arrastrar del pillaje, y has hecho lo malo delante del Señor?» «Al contrario, repuso Saul, yo he oído la voz del Señor y he seguido la vía que Él me había trazado, y he traído al rey de Amalec, Agag, y entregué á los amalecitas al anatema. Mas el pueblo ha cogido en el botín ovejas y bueyes, primicias de los que sufrieron el anatema, para inmolarlo á Jehová tu Dios, en Gálgala.» Y Samuel replicó: «¿Quieres el Señor holocaustos y oblaciones? ¿No desea más bien que se obedezca su voz? La obediencia vale más que el ofrecer sacrificio, y escuchar vale más que ofrecer la grasa de los carneros. Desobedecerle es como el pecado de adivinación; resistirle es un crimen de idolatría. Porque has desechado la palabra de Jehová, también Él á tí te desecha para que no seas ya rey (1).» A estas palabras dijo Saul á Samuel: «He pecado porque he quebrantado la palabra del Eterno y tus palabras, temiendo al pueblo y obedeciendo su voz; pero ahora yo te ruego que sobrellaves mi pecado y te vuelvas de mi parte para que adore al Eterno.» Pero Samuel respondió: «No volveré nunca contigo, porque tú has desechado la palabra de Jehová, y Jehová te ha desechado para que no seas ya rey sobre Israel.» Volvióse Samuel para retirarse;

(1) 1 Reg., 15, 10-23.



mas Saul cogió la punta de su manto, que se rasgó. Sobre lo cual dijo el profeta: «El Eterno ha rasgado hoy también en tus manos el reino de Israel, y le ha dado á tu prójimo, que vale más que tú. El triunfador de Israel no mentará ni se arrepentirá, pues que no es un hombre para que se arrepienta.» Saul insistió: «Yo he pecado; pero dignate por favor honrarme delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel, y vuélvete conmigo para que yo adore al Eterno tu Dios (1).»

¡Desgraciado Saul! ¡Cuán pequeño es en su grandeza! ¡Qué poca ciencia la suya creyéndose ser tan sábio! Si hubiese cumplido con sencillez la orden que había recibido, Dios le hubiera perdonado su primera falta, le hubiera asegurado en el trono para siempre; la gloria que tanto él deseaba, hubiese venido sobre sí. Pero no; se cree más sábio que Dios y su profeta. El precepto divino, no obstante su claridad y sencillez, le modifica y le altera; observa parte del precepto, y la otra la interpreta á su manera, haciendo omisión de ella en realidad. Cuando el profeta de Dios le reprende, no solamente no quiere convenir en que ha pecado, sino que sostiene que ha obrado bien. Es osado y soberbio mientras que no se le habla de Dios y de su ley; pero cuando sabe que su sabiduría, lejos de asegurarle la autoridad real y la gloria que ambiciona, va á hacerle perder una y otra, entonces confiesa que ha faltado entonces se excusa con el pueblo y suplica al profeta que repare su falta. Siente, no ya haber pecado, sino su castigo; el haber ofendido á Dios no es lo que le inquieta; lo que siente es el no ser honrado de los hombres; si insta tan vivamente á Samuel, si le desgarró su manto, si le obliga en cierta manera á que vaya con él para adorar al Eterno, no es por otra causa más que por ser honrado delante del pueblo. ¿Extrañará, pues, ahora que Dios rechace á un rey de este carácter, aunque no fuera más que para que sirviera de lección á los demás?

La historia humana nos da cuenta de muchos caracteres análogos al de Saul. Como el primer rey de los judíos, otros muchos abrazan

(1) Reg., 15, 24-30.

la ley de Dios, porque en ella encuentran su ventaja; ella les presenta como á ministros de Dios sobre la tierra; manda hácia ellos respeto y obediencia. Pero así como el primer rey de los judíos, lejos de cumplir con sencillez la ley divina, la modifican y la alteran á medida de su política; acatan con respeto una parte, y rechazan la otra; la respetan como particulares, despreciándola como monarcas ó soberanos. Y cuando el Pontífice, que en la Iglesia de Dios reemplaza, ya á Aaron, ya á Samuel, los haga recriminaciones, no solamente no convendrán en que tienen culpa ó que han delinquido, sino que sostendrán con altanería que obran bien, que comprenden la ley de Dios mejor que él; que sería una locura quererla observar en todo; que debe necesariamente ser corregida según las máximas del estado, pues de otra manera perderían su honor y su corona. Pero cuando con el tiempo este mismo Pontífice les hace ver que precisamente á causa de esto van á perder uno y otro, y cuando ven en efecto que sus tronos se cimbrean y que han de hundirse al menor soplo; cuando ven que no se respetan sus leyes, como tampoco ellos respetan la ley de Dios; cuando ven á una docena de reyes expulsados de sus reinos, andando errantes de comarca en comarca, entonces convendrán que han faltado, no ellos sin embargo, sino el pueblo; el pueblo será el que tendrá la culpa de todo el mal. Entonces este mismo Pontífice, cuyas reprensiones han despreciado y cuya autoridad han querido desconocer, le suplicarán que sobrellave su pecado y que repare sus imprudencias; que si él no puede ó no quiere acceder, ya le harán violencias, y le agarrarán del manto, y se le destrozarán, para obligarle á rendir respeto á la religión y á honrarles delante de sus pueblos. Si no tratan de satisfacer á Dios más que Saul, la condescendencia ni las lágrimas del Pontífice no les salvarán.

Después de tan vivas instancias, volvió Samuel y siguió á Saul, que adoró al Eterno; al mismo tiempo, para ejecutar la ley del anatema, el profeta hizo que le presentasen el rey de Amalec.

Alimentado en las delicias, exclamó Agag: «Así me separa una muerte amarga.» Pero Sa-



muel le replicó: «Así como tu espada dejó sin hijos á las mujeres, de la misma manera tu madre, entre las mujeres, quedará sin hijos.» Y Samuel le dividió en trozos en Gálgala, le mató ó le hizo matar delante del Señor (1).

El verbo hebreo, como también el verbo griego de los Setenta, se presta á uno y á otro sentido. Josefo lo ha entendido en el último, y dice claramente que Samuel ordenó que le dieran muerte (2).

Es, por otra parte, poco probable que en la edad en que se encontraba hiciera por sí esta

(1) 1 Reg., 15, 31-33.

(2) Josefo, *Antiq.*, lib. VI, c. IX.

ejecucion. Que lo hubiese hecho, no debía tampoco causar admiracion. En aquella primera antigüedad, en la que no se conocia verdugo de oficio, era el pueblo, los testigos, los magistrados ó los principales personajes del reino los que ejecutaban las sentencias capitales.

Después Samuel se fué á Ramatha y Saul subió á su casa en Gabaa. Y no vió Samuel á Saul hasta el día de su muerte; mas Samuel lloraba á Saul, porque el Señor se habia arrepentido de haberle establecido rey sobre Israel (1).

(1) 1 Reg., 15, 34-35.

CAPÍTULO XIV

Eleccion divina y consagracion de David.—El espíritu de Dios y el espíritu malo.—David, escudero de Saul.—Irrupcion de los filisteos.—Goliath; su estatura; sus provocaciones.—David llega al campamento.—Muerte de Goliath.—Disposiciones diversas de Saul y de Jonathás á la vista de David.—Humildad, cántico y triunfo de David.—Los hombres inspirados de Dios, y los hombres inspirados por el demonio.—Merob, prometida y rehusada á David.—Toma por esposa á Micol, y con qué condiciones.—Nuevo motivo y acrecentamiento de la envidia en Saul.—Intercesion de Jonathás y reintegracion de David.—Nueva victoria de David, y nuevo atentado de Saul.—David es salvado por su mujer, y huye adonde estaba Samuel.—Lo que sucede á Saul y á sus enviados.—Saul, Balaam y los fariseos.

Al fin Jehová dijo á Samuel: «¿Hasta cuándo llorarás tú á Saul, cuando yo le he desechado para que no vuelva á reinar más sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite y ven, que te enviaré á Isai, bethleemita; porque he elegido rey entre sus hijos.» «¿Cómo iré yo, contestó Samuel, pues Saul lo llegará á saber y me matará!» El Eterno le respondió: «Tomarás contigo una ternera y dirás: He venido para inmolar una víctima al Eterno. Llamarás á Isai al sacrificio, y yo te diré lo que has de hacer, y consagrarás al que yo te manifieste.» Samuel hizo lo que el Señor le mandaba. Fuése á Bethlehem, y los ancianos de la ciudad, admirados, salieron muy solícitos á su encuentro, y le dijeron: «¿Tu entrada es pacífica?» «Pacífica es, contestó; vengo para ofrecer sacrificio al Eterno: santificaos y venid conmigo para que yo ofrezca la víctima.» Santificó, pues, á Isai y á sus hijos, y los llamó al sacrificio. Y luego que hubieron entrado, vió á Eliab el primogénito, y dijo para sí: «¿Por ventura está delante del Señor su ungido?» Y dijo el Señor á Samuel: «No mires á su presencia ni á su grande estatura, porque le he desechado; ni yo juzgo por lo que aparece á la vista del hombre, porque el hombre ve lo que aparece, mas el Señor ve el corazón.» Y llamó Isai á Abinadab, y le puso delante de Samuel, el cual dijo: «Ni á este ha escogido el Señor.» Con esto Isai trajo delante de Samuel sus siete hijos, y dijo Samuel á Isai: «¿Por ventura se han acabado ya los hijos?»

(¿Son todos estos tus hijos?) Isai respondió: «Tengo todavía el más pequeño, que está cuidando las ovejas.» Samuel replicó al punto: «Envía y tráele; porque no nos sentaremos á comer hasta que él venga acá.» Envió pues, y le trajo. Y él era rubio, y de hermoso aspecto y de linda cara. Y dijo el Señor: «Levántate, ungele, porque ese es.» Tomó, pues, Samuel el cuerno del aceite, y ungióle en medio de sus hermanos (pero parece que no les descubrió el misterio de esta unción), y desde aquel día en adelante el espíritu del Señor se enderezó á David; y partiendo Samuel, se fué á Ramatha (1).

La Escritura no nos dice la edad que entonces tenia David. Segun una tradicion hebraica, tenia veintiocho años, ó más bien diez y ocho. Si se le llama pequeño ó jóven, es con relacion á sus hermanos. El espíritu del Eterno vino sobre él, como en otro tiempo sobre Saul; pero no fué por un tiempo determinado, sino para siempre, y con gracias cada vez más abundantes. De aquí aquella humildad de corazón para con Dios, aquella fuerza, aquel valor heroico en los peligros, aquella prudencia admirable en las más difíciles circunstancias; de aquí el don de la armonía que ha de servir de encanto á las tristezas del desgraciado Saul; de aquí aquella poesía divina que nos entusiasma en los salmos; de aquí aquella inspiracion profética que hace descender el velo para el porvenir.

(1) 1 Reg. 16, 1-13.